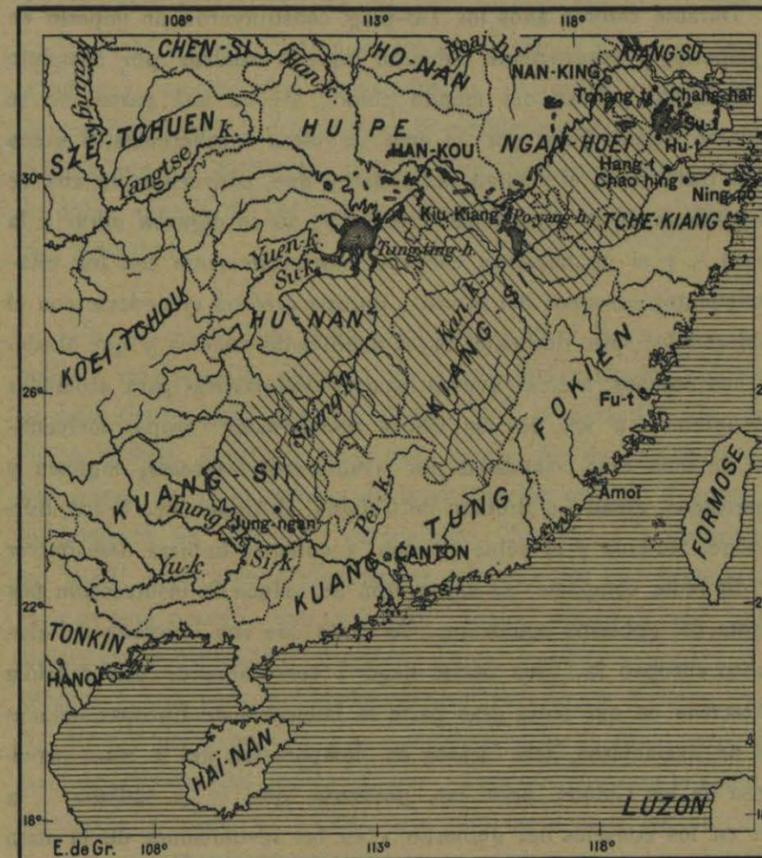


de Hong-kong, absolutamente invulnerable por parte de los Chinos, no ha cesado de engrandecerse en riqueza, en población y en fuerza de ataque. En virtud del tratado de Nan-king, impuesto por los Ingleses en 1843, cinco puertos del litoral fueron abiertos libremente al comercio extranjero, Cantón, Amoi, Fou-tcheou, Ningp'o y Changhai. Al año siguiente, la escuadra americana y luego la francesa se presentaron para hacerse conceder las mismas ventajas; los Franceses estipularon además la abolición de las leyes de proscripción contra los misioneros cristianos y los catécúmenos indígenas: de nuevo los sacerdotes católicos, á los cuales vinieron á asociarse los protestantes de todas sectas, comenzaron su obra de disgregación del imperio.

Pocos años después, exactamente en la época en que el mundo occidental era tan profundamente sacudido en su armazón política, el imperio chino fué conmovido por la gran rebelión de los Tai-ping, á la cual han podido igualar en ruinas y matanzas las revoluciones anteriores del Extremo Oriente, pero que se distinguió de todas ellas por sus rasgos de origen extranjero. Las bandas agrupadas alrededor de los organizadores de la lucha que estalló en 1850, después de una larga preparación secreta, pertenecían casi exclusivamente á la clase de los Hakka, proletarios despreciados de las márgenes del Si-Kiang y de sus afluentes, en los cuales se ven Chinos del Norte, de raza muy pura, emigrados entre los Puntis, «raíces de la Tierra», ó aborígenes que constituyen el grueso de la población del Kuang-tung. Los insurrectos eran, pues, Chinos por excelencia, y en su marcha triunfal á través de las provincias del centro, á lo largo del eje de vida de la «Flor del Medio», reclutaron sus adherentes únicamente entre los Chinos patriotas para quienes la dominación de la dinastía mandchou era la peor de las humillaciones nacionales; el símbolo de la liberación consistía en dejarse crecer la cabellera, según la antigua moda popular: de ahí el nombre de Tchang-mao ó «Largos cabellos» que llegó á ser la denominación común de los insurrectos. Y esos Chinos puros se dejan influir de tal modo por las enseñanzas de algunos misioneros comprendidos á medias y por tratados religiosos de escaso valor, que adoptan la Biblia como libro sagrado y la hacen traducir par-

cialmente, elevan á Jesucristo al rango de sus dioses y reconocen á los protestantes como «hermanos en la fe». Recitan con reverencia las «diez grandes leyes del cielo», que no son sino los diez man-

N.º 452. China de los Tai-ping.



1 : 15 000 000

0 250 500 1000 Kil.

El imperio de Tai-ping, de 1851 á 1862, está indicado por un rayado. La ciudad de Jung-ngan en el Kuang-si fué tomada por los insurrectos en otoño de 1851, Nan-king el 19 Marzo 1853 y Ning-po el 9 Diciembre 1861. Esta ciudad fué reconquistada en 1862, Chao-hing y Su-tchen en 1863, Tchang-chen, Hang-tchen, Hu-tchen en la primavera de 1864, Nan-king el 19 Julio 1864.

damientos de los Judíos, traducidos por ellos con bastante exactitud, pero con la añadidura expresa de la prohibición de las «cosas sucias», es decir, del opio y del tabaco. El comunismo de los pri-

meros cristianos, que despertaban en ellos impresiones atávicas adormecidas desde tiempos remotos, les ayudó á poner los bienes en común y á decidir la reorganización de la propiedad territorial por grupos de veinticinco familias asociadas sobre un territorio único.

Durante catorce años los Tai-ping constituyeron un imperio en el imperio, y seguramente hubieran logrado cambiar por completo el equilibrio político del mundo chino, si, de una parte, no se hubieran dejado guiar por un amo de ideas incoherentes, á quien había trastornado el vértigo del poder y que, convertido en una de las personas de la «Santísima Trinidad», no se dignaba mirar á la Tierra<sup>1</sup>, y si no hubieran chocado imprudentemente con los establecimientos europeos del litoral. Europa prefería entenderse con el gobierno decrepito de Pekin, cuyas debilidades conocía y que obedecía sus órdenes, á crear nuevas astucias diplomáticas para acomodar sus intereses á los de una China transformada; tropas mercenarias de toda raza, mandadas por aventureros franceses, ingleses y americanos, como Le Brethon de Coligny, d'Aiguebelle, Ward, Burgewine, Holland y el noble Gordon, á quien se hubiera deseado ver en diferente compañía, se encargaron de reducir la insurrección por cuenta del gobierno mandchou; de modo que con la ayuda del elemento europeo la China oficial llegó á verse libre de una rebeldía inveterada en que tenía gran parte la influencia de Europa: influencia de extranjeros, tan escasos en comparación de la masa prodigiosa de los Chinos, pero tan poderosa, que se la hallaba á la vez en los consejos del gobierno y en las revoluciones de la masa profunda.

Pero los extranjeros querían poseer una parte oficial de poder correspondiente á sus ambiciones, y mucho antes de tener fin la insurrección de los Tai-ping, estalló la guerra. La Gran Bretaña y Francia se habían encargado de representar los intereses del «mundo civilizado». El bombardeo y la ocupación de Cantón, luego dos ataques sucesivos del fuerte de Pei-ho y dos tomas de Tien-tsin, y, por último, la campaña victoriosa (1859) de los aliados que coro-

<sup>1</sup> Lindesay Brine, *The Taiping Rebellion in China*.

naron el asalto de Pekin, el incendio y el saqueo del Palacio de Verano, fueron los principales acontecimientos de la invasión franco-inglesa, que establecía claramente la superioridad militar de las potencias occidentales. Después de esas catástrofes, el gobierno chino hubo de ceder, y sucesivamente, acatando las exigencias de los embajadores extranjeros, se abrieron nuevos puertos al comercio europeo, se aumentó la lista de los privilegiados y se les entregó el examen y comprobación de las aduanas. Al mismo tiempo, los misioneros católicos y protestantes se establecían en el interior en los puntos que les convenían, y á los ojos de la multitud acumulaban la doble ventaja de ser á la vez funcionarios chinos y protegidos del extranjero.

Un cambio análogo se había producido en el Japón, pero de una manera más sencilla, noble y dramática: los resultados políticos y sociales fueron quizá, durante el siglo XIX, la maravilla más grande de la historia, porque se trata nada menos que de una nación que se arranca del ciclo cerrado de la civilización oriental y entra casi súbitamente en el mundo europeizado. Semejante transformación no puede explicarse evidentemente más que por una presión interior de una potencia extraordinaria. Se ha llegado á creer que la intimación del comodoro americano Perry, significada en 1853 al gobierno japonés para que abriera al comercio de los Estados Unidos los puertos del imperio, fué la razón decisiva de la gran revolución; pero aquélla no fué sino la ocasión. Es indudable que la república americana, propietaria hacía algunos años de la parte del litoral que en el Nuevo Mundo se halla precisamente en frente del Japón, había de buscar con gran empeño mercados extranjeros para su nuevo puerto de San Francisco; así también Rusia y todas las potencias europeas, que se apresuraron á imitar á los Estados Unidos y á reclamar el libre acceso á los puertos japoneses para sus barcos, tenían gran interés en hallar un mercado de la importancia del Japón; pero por grande que fuera la fuerza material y moral desarrollada en esa convergencia de esfuerzos exteriores, no podía triunfar de la política tradicional del Japón, religiosamente observada durante más de dos siglos, sino á condición de ser deseada por una gran

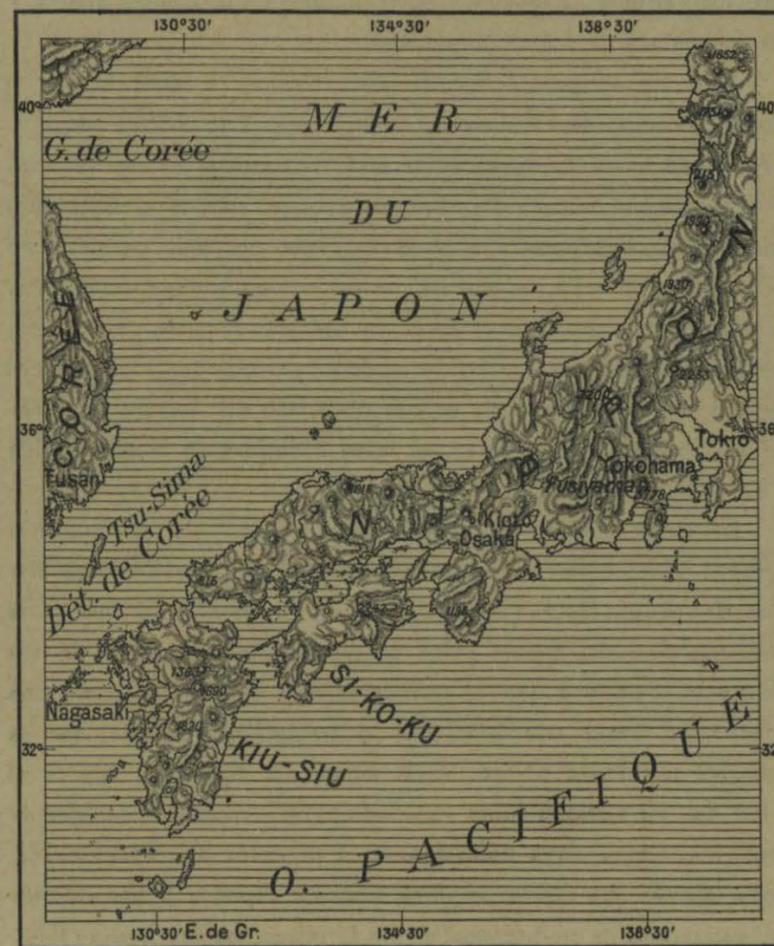
parte de la nobleza feudal de los *daimio*, que gobernaba á la sazón, bajo la aparente dominación del *siogoun* y á la sombra santa del *mikado*. La curiosidad de la nobleza japonesa estaba excitada en sumo grado: quería conocer ese mundo extranjero que se había anunciado por sus intervenciones en China, y sobre todo por sus maravillosos inventos. Apenas se abrió el imperio, cada gran señor japonés tuvo empeño en poseer libros, objetos de la industria europea, máquinas y se hizo construir un barco de vapor para visitar detenidamente las costas de su territorio.

Pero el conflicto debía surgir con violencia entre los patriotas conservadores y los jóvenes ansiosos de novedades. La revolución interior que había tenido por consecuencia indirecta la apertura de los puertos á los extranjeros, continuó disgregando la antigua organización del imperio, y, quince años después de la aparición de los buques del comodoro Perry, se halló que todo se había renovado. El mundo de los comerciantes, es decir, el pequeño feudalismo, que puede compararse á la burguesía de los pueblos occidentales, quedaba ya en libre comunicación con los importadores de todas las potencias civilizadas; los grandes señores feudales, que habían hecho del Japón una gran federación de aristocracias poderosas, debían á la sazón inclinarse ante el poder central del mikado, no restaurado en su antiguo absolutismo, sino transformado sobre el modelo de los soberanos constitucionales de Europa. La imitación fué llevada hasta la puerilidad, pero no llegó hasta la tontería: aunque copiando á los extranjeros para tomarles armas y para adoptar artículos de ley, constituyendo una fuerte centralización, los diplomáticos japoneses han tenido gran cuidado de quitar á los visitantes europeos los privilegios de la jurisdicción consular, y no ha podido lograrse que concedan á los europeos el derecho de adquirir en toda propiedad la menor parcela de territorio: el Japonés queda dueño de su país.

En muchas circunstancias, el plagio de las costumbres occidentales por los Japoneses se exige por esas convenciones tácitas de una tiranía absoluta que se llama las conveniencias, y por tanto, respecto del vestido en las ciudades, se ha desarrollado una tendencia irresistible á modelarle sobre el de los Europeos, aunque haya

contraste natural entre unos y otros en el esqueleto, la actitud, el gusto artístico, el arte y las tradiciones; pero si por una parte muchos Japoneses practican una imitación ridícula, el conjunto de la

N.º 453. Japón meridional.



1 : 10 000 000

0 100 250 500 Kil.

nación que se halla en relación con los Europeos tiende á un nacionalismo arrogante, á la conciencia exagerada de su valor relativamente á los otros pueblos, hasta á esa fea patriotería que busca la gloria de su país en la vergüenza de los otros, y que funda su alegría sobre el desastre de los rivales. Por un contraste natural,

precisamente los Japoneses que se creen más obligados á imitar á los Europeos en el traje, la etiqueta y los ademanes, son los que sienten mayor aversión á los extranjeros; en cuanto á la masa de la nación, que conserva las costumbres antiguas, las viejas tradiciones, los vestidos nacionales, conserva también la bondad nativa y las costumbres de franca hospitalidad.

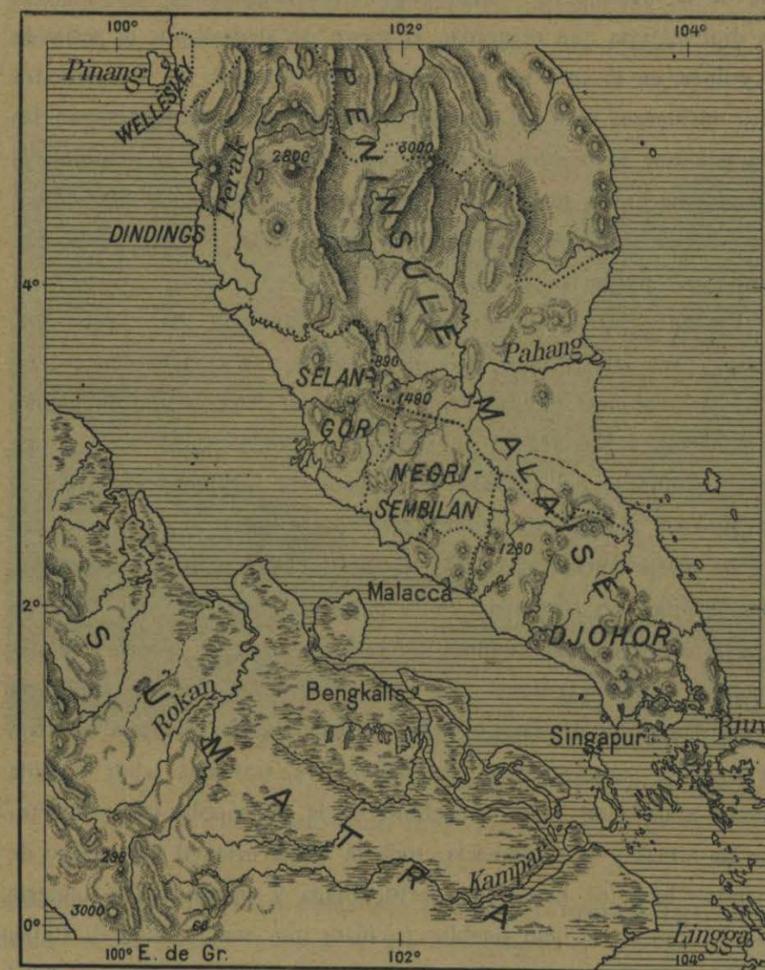
Entre los antiguos cultos, el que se conserva mejor es el rito *shintó*, «camino de los dioses», cuyo origen es puramente nacional, puesto que en su fondo no se ve otra cosa que la veneración á los antepasados, es decir, á la propia raza; y en cuanto al budhismo, que se creía incorporado en el fondo mismo del alma japonesa, no es más que un recuerdo poético de los tiempos antiguos, una superstición como la vaga creencia en hadas y duendes. De hecho, los Japoneses se han convertido en más Europeos que los Europeos mismos; en su mayor parte se han despojado del hombre viejo religioso para no creer sino en las leyes deducidas de la observación y de la comprobación de la experiencia.

De todos modos, una cosa resulta cierta: que la influencia europea se ha hecho sentir de una manera verdaderamente revolucionaria en el Japón, mientras que, en apariencia al menos, la poderosa masa del pueblo chino há permanecido más libre de esa influencia, debido á que el enorme espesor continental es de una penetración mucho más difícil que el archipiélago japonés, que es accesible por todas partes. A la mitad del siglo XIX, cuando el reino del Sol Levante había empezado ya el movimiento decisivo de evolución, China, cuya población era á lo menos diez veces mayor, podía oponer una fuerza proporcionalmente superior á los elementos extranjeros de transformación, de la misma manera que un líquido coloreado acaba por desaparecer en una gran cantidad de agua transparente.

Entre el archipiélago Japonés y el continente de Asia, la península de Corea, en virtud de su misma posición geográfica, se hallaba colocada, por los acontecimientos realizados á la mitad del siglo, en una situación completamente equívoca é indecisa. Aunque de gran extensión y de una forma muy bien limitada, que le aseguran una individualidad perfecta, esta península no había podido

librarse de las invasiones sucesivas y alternadas de los dos imperios que la tenían cogida como entre unas mandíbulas. La toma de Pe-

N.º 454. Estrecho de Malacca.  
(Véase pág. 191)



1 : 5 000 000  
0 100 200 300 Kil.

Las posesiones directas de la Gran Bretaña son la isla de Pinang, capital Georgetown y el distrito de Wellesley, el enclave de Dindings, la de Malacca y de Singapur. El protectorado comprende las provincias de Perak, Selangor, Negri-Sembilan, Djohor y Pahang.

kin por los aliados y la humillación definitiva del imperio apartó en lo sucesivo para la Corea el peligro de la dominación china, pero

China cedió el puesto á una poderosa heredera, que, á su vez y con el único objetivo de dominación, disputó al Japón el papel preponderante en la gerencia futura de la Corea, y se ve eliminada en nuestros días por la fuerza de las armas sobre los campos de batalla de la Mandchuria. Medio siglo de intrigas y de maquinaciones diplomáticas que recuerdan el juego de ajedrez por la serie de los golpes, en el cual los ministros y los cónsules, los comerciantes y los misioneros eran las piezas en continuas evoluciones según las circunstancias favorables ó desfavorables, han dado la supremacía alternativamente á uno ú otro gobierno; Corea, como Marruecos, como Persia, como el país de Siam, no es más que una presa disputada por potencias ávidas.

En tanto que la influencia europea trabajaba con éxitos desiguales, pero irresistibles, para penetrar de una manera decisiva en todas las regiones del Extremo Oriente que hasta entonces habían permanecido substraídas á su influencia, China, Japón, Corea, una parte meridional del litoral vuelto hacia la Insulinda era pura y simplemente anexionado en calidad de territorio de conquista por una de las potencias europeas. Francia, cuyos políticos emprendedores sentían no participar de la parte del imperio indio, que en el siglo XVIII pasó al dominio de la Gran Bretaña, quería una revancha en otras «Indias». En 1859 comenzó la obra de conquista por la ocupación de Saigón, sobre uno de los ríos laterales del bajo Mekong, y, sucesivamente, incesantemente, tras una labor seguida merced á un plan vasto concebido en la metrópoli, por contacto, por las armas y la diplomacia, toda la mitad oriental del cuerpo de la Indo-China fué explorada, cartografiada y anexionada al imperio colonial francés. Como pueblos pacíficos que han recibido de China su educación moral, los habitantes de Cochinchina, de Annam y del Tonkin resistieron muy débilmente, y si hubieran sido tratados con justicia, lo que es absurdo pedir á unos conquistadores, no habrían seguramente hecho la menor resistencia: agricultores adscriptos á la gleba, pagan el impuesto á quien lo exige, y por sus millones de trabajadores, por la regularidad de sus esfuerzos y la riqueza de la tierra cultivada, suministran grandes recursos económicos á la potencia que les explota. A pesar de la incoherencia de los regímenes

de gobierno que se han sucedido, la Indo-China francesa adquiere cada día mayor importancia en el mundo del Extremo Oriente.

La península Malaya, que se une al cuerpo continental de la Indo-China, entre el golfo de Martaban y el de Siam, por su orientación relativamente al estrecho de Malacca, se halla obligado á permanecer, á pesar de todo, mucho más indio que chino: nada ha



Documento comunicado por la Sra. Agassiz.

MINAS DE ESTAÑO DEL DISTRITO DE PERAK

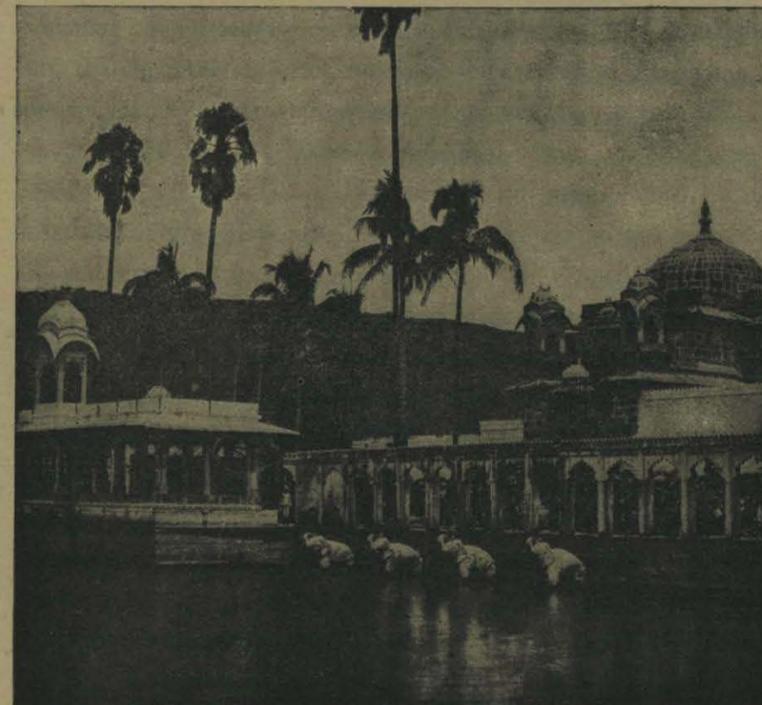
cambiado á este respecto desde que «la luz irradiaba de la India», debido á que en esos pasajes la vía de navegación necesariamente costea el litoral occidental de la península para deslizarse en el estrecho de Malacca y contornear Singapur ó los islotes vecinos, lanzándose después libremente, sea al Norte hacia Bangkok, sea al Nordeste hacia los caminos de Cochinchina ó de China, sea también al Este ó al Sudeste hacia las tierras dispersas de la Insulinda. De ese modo se explica fácilmente por qué las potencias europeas, en su toma de posesión gradual del globo, han comenzado la anexión de la Indo-China por la costa occidental. Ya los Portugueses se apode-

raron en 1511 de la ciudad de Malacca, que, gracias á su posición sobre uno de los lugares más estrechos del canal, había llegado á ser el principal punto de cita de los navegantes, y desde hace más de dos siglos había impuesto su «usanza» á todos los pilotos de la Malasia. Los Holandeses y luego los Ingleses sucedieron á los Portugueses como dominadores de Malacca; Inglaterra se atribuyó sucesivamente la isla de Pulo-Pinang y el territorio opuesto de Wellesley, sobre la Península, después la isla de Singapur, los territorios de Perak, de Salangor y los Negri-Sembilan ó «nueve Estados» antes de establecer su poder en Pehang, sobre la costa oriental<sup>1</sup>: hasta el año 1888, cerca de cuatro siglos después de la llegada de los Europeos á la península, no se establecieron sobre las playas vueltas hacia el mar de China.

La fecha decisiva que marcó la anexión definitiva de todas las costas del Océano á la dominación europea, fué el año de la rebelión denominada de los «cipayos». Hasta entonces la Compañía de las Indias había aprovechado doblemente el poder de sus capitales, por una parte para aumentar sabiamente en la península la cuantía enorme de los impuestos, por otra parte para dominar al Parlamento inglés, en su sed de dominación que buscaba en primer término un provecho material, explotando á los infelices naturales del país, haciéndose dar por el presupuesto las fuerzas militares que necesitaba para redondear y consolidar sus conquistas. Sin embargo, la inmensidad de los intereses comprometidos en la dominación de tan vasto imperio había obligado al gobierno británico á reemplazar gradualmente á la Compañía como legislador, y la transferencia no se efectuaba sin choques y falsos movimientos que disminuyendo el prestigio de los amos á los ojos de la multitud de los súbditos, iban socavando la disciplina autoritaria y engendrando un ambiente de rebeldía entre los naturales del país, que muy pronto había de dar lugar á sangrientos choques. Por entonces, en 1857, se introdujo imprudentemente en los regimientos indígenas de la India una nueva arma, la carabina Enfield, cuyos cartuchos estaban untados de manteca: como resultado, Hindus y Musulmanes, que estaban separados por un odio

<sup>1</sup> Hugh Clifford, *The Geographical Journal*, January 1899.

tradicional, cuidadosamente alimentado y conservado en la sombra por sus jefes, se reconciliaron; los que adoran la vaca y los que maldicen al cerdo, violentados unos y otros en su fe y en sus prácticas religiosas, fueron impulsados á un mismo tiempo á la indisciplina y á la rebeldía. Una primera sublevación tuvo lugar en los acantonamientos de Mirath; dispersados, los cipayos rebeldes logra-



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

UDAIPUR — PALACIO DEL CHAH DJEHAN

ron apoderarse de Delhi, la ciudad central del Hindostán, el punto de convergencia de sus grandes vías comerciales y el punto estratégico por excelencia de la doble vertiente del Indo y del Ganges, al mismo tiempo que la sede simbólica del imperio. Todos los descontentos, animados por una multitud de esos prodigios y profecías que surgen siempre en los períodos críticos, levantando verdaderas cruzadas, más terribles aún cuando se trata de dilucidar el destino de las razas, creyeron llegado el gran día del derrumbamiento y se insurreccionaron á su vez: se comprendió que el destino de Inglaterra

dependía de la posesión de Delhi, hacia la cual se dirigían los combatientes. Pero el círculo de la insurrección se halló limitado, no se extendió en el Pendjab, y sólo cometió pequeñas usurpaciones en las presidencias de Madrás y de Bombay; la mayor parte de los príncipes substraídos permanecieron fieles al gobierno que les pensionaba, y los Afghanes se limitaron, sin intervenir para nada en absoluto en la contienda entablada, á contemplar el asalto desde las cumbres de sus montañas. Los Ingleses obtuvieron la ventaja y reconquistaron Delhi después de cuatro meses de sitio, pero la guerra duró más de un año con resultados diferentes, en movimientos de flujo y reflujo, acompañados de matanzas y de crueldades monstruosas. Naturalmente los «civilizados», que fueron los vencedores, reprobaron con dureza los crímenes de sus enemigos y se felicitaron de su propia energía en la política de terror y de exterminio sin piedad que había podido, aún á costa de grandes derramamientos de sangre, conseguir el triunfo sobre los indígenas rebeldes.

La Compañía de las Indias desapareció en el fracaso, y por su manifiesto de 1.º de Noviembre de 1858 la reina Victoria tomó directamente el poder. Inglaterra asumió, pues, toda responsabilidad en la buena ó mala gestión del inmenso imperio que, en aquella época, después de tener á los indígenas sometidos de nuevo, no contaba menos de 220 millones de habitantes. Pero ¿cómo una responsabilidad tomada de tan lejos y con perfecta ignorancia de causa, hubiera podido apoyarse sobre una administración verdaderamente honrada y escrupulosa de los intereses de aquel pueblo inmenso? En primer lugar hubiera sido una singular ilusión y mejor un error muy grande creer que la misma nación inglesa podía tomar, en solidaridad franca, la defensa de poblaciones asiáticas cuyas tradiciones le son tan ajenas á la par que desconocidas, cuyas costumbres son tan diferentes de las suyas. Pequeños burgueses y multitudes de proletarios comenzaban apenas á agitarse por su propia liberación; no habiendo llegado todavía al sentimiento de simpatía que hubiera debido unirles á sus hermanos irlandeses del Reino Unido, no se podía esperar que sintiesen las injusticias cometidas contra los Hindus como aquellas de que eran directamente víctimas, y confiaban el buen gobierno de aquellas colonias

lejanas á la casta política superior, y en el seno de esta casta se delegaba naturalmente el cuidado de las cosas de la India á algunos especialistas, es decir, á los mismos personajes cuyas funciones de grandes jefes ó de capitalistas les habían hecho antiguamente los opresores de la India y los usufructuarios de sus riquezas: en realidad el antiguo régimen de la Compañía se conservaba bajo nuevas apariencias; la aristocracia británica no se resignaba á abandonar su dominio; bajo un aspecto variado conservaba su presa.

No obstante, la rebelión había cambiado realmente algo el equilibrio general de las poblaciones hindus: habían tenido como un lejano presentimiento de la unidad nacional. Verdad es que entre los cipayos insurrectos, pertenecientes á todas las razas y que se comprendían mutuamente por el empleo de una jerga militar, no podía existir lo que en las naciones de Occidente se llama «patriotismo». Los rebeldes de la India, Vichnuitas, Sivaitas, ó Musulmanes, Mahrattis, Radjputas ó Bengalis no hubieran comprendido un grito de reivindicación de «¡la India para los Indios!» ó de «¡la India una!» análogo al que había asociado toda la burguesía italiana en una misma nación; menos aún hubieran podido repetir como los Alemanes: «¡Nuestra tierra se extiende tan lejos como resuena nuestra lengua!». Lo que les había unido, no era el amor filial por el suelo donde vinieron á la vida, ni el sentimiento de solidaridad cordial con los compañeros de existencia y de trabajo; era el rencor de los sufrimientos comunes, era el sentimiento de solidaridad ante la desgracia de todos, era el odio contra el extranjero orgulloso y brutal, era la incompatibilidad total de vida y de comprensión mutua con seres de una casta absolutamente distinta. Y, sin embargo, de ese patriotismo negativo, que necesitaba una activa colaboración de esfuerzos, una simpatía pasajera en las fatigas, las batallas, el cautiverio y la muerte, nació cierto patriotismo hindu, que unía vagamente contra el Inglés á gentes de origen diverso, separadas por odios y tradiciones hereditarias. De la misma derrota surgió el pensamiento de un futuro triunfo, en el que tomarían parte todas las poblaciones de aquella inmensa comarca, cuya maravillosa individualidad geográfica, entre la muralla de montes casi infranqueables del Norte y los dos mares que se unen al Sud, se conoce actualmente de una

manera cada vez más precisa. La red de ferrocarriles y de caminos, las vías de comunicación de diversa índole, de que las necesidades estratégicas y comerciales han cubierto la península desde la gran rebelión, ha dado á esa unidad geográfica de la India un valor que no podía tener en una época todavía reciente, cuando las inmensas extensiones del Asia y de la Dravidia debían parecer á sus habitantes como un mundo sin límites.

A pesar de las razas, de las lenguas y de las castas, la India está en vía de hacerse «una», como se hizo «una» Italia, y de darse una clase selecta de voluntad y de acción que aspire á crear la nacionalidad compuesta de elementos antes incoherentes. Con eso basta: siempre fué una ínfima minoría la que determinó el movimiento en la masa profunda y sin voluntad de las multitudes subyacentes.



## NEGROS Y MUJIKS. — NOTICIA HISTÓRICA

1850. 15 de Noviembre, una nueva dieta hace retroceder á Alemania á la situación anterior á 1848.
1851. 2 de Diciembre, golpe de Estado de Luis Napoleón, aprobado el 20 de Diciembre por un plebiscito. — En China, los Tai-ping comienzan sus conquistas.
1854. 10 de Abril, tratado franco-inglés contra Rusia; 20 de Septiembre, desembarco de los aliados en Eupatoria; lucha alrededor de Sebastopol, que se rinde el 8 de Septiembre de 1855.
1856. 16 de Noviembre, y 1857, 29 de Diciembre, los Ingleses bombardean á Cantón.
1858. 14 de Enero, atentado de Orsini (141 muertos y heridos).
1859. Mayo-Julio, campaña de Italia. — Octubre, rebelión de John Brown.
1860. Julio-Octubre, expedición á Pekin y saqueo del Palacio de Verano. — Mayo á Septiembre, los Mil conquistan las Dos Sicilias; los Piamonteses invaden los Estados Pontificios y se unen á Garibaldi.
1861. 13 de Febrero, capitulación de Gaeta. — 3 de Marzo, manifiesto imperial suprimiendo la servidumbre en Rusia. — 12 de Abril, primeras hostilidades en los Estados Unidos. — 21 de Julio, derrota de los Nordistas en Bull Run.